

# El misterio de Stonehenge

Jack Williamson

Traducción:  
Isabel Notario Matey



Dedicado a  
Mike Resnick, Fred Pohl, Connie Willis, Larry Niven,  
David Hartwell, Stanley Schmidt, Melinda Snodgrass,  
Eleanor Wood, Jack Chalker, Jim Frenkel,  
Scott Edelman, Jack Speer, Michael Swanwick

A mis amigos de aquel maravilloso debate de  
la Conferencia Mundial de Boston

Y a Bob Faw, quien se encargó de mecanografiarlo

Nos hacíamos llamar los Cuatro Jinetes, aunque Lupe era una mujer y ninguno de nosotros tenía caballo. Éramos amigos y buenos compañeros. El viernes, después de las clases, solíamos reunirnos en mi casa para cenar. Cada uno aportaba un plato distinto y después jugábamos unas cuantas manos de póquer con apuestas bajas.

Derek Ironcraft enseñaba física y astronomía. Era un hombre enjuto y nervudo, con los ojos grises afilados, y el pelo rubio rojizo lo tenía tan corto que no podía peinárselo. Venía a las clases con unos pantalones cortos arrugados y se definía a sí mismo como aprendiz de cosmólogo. Pasó las vacaciones de verano como joven titulado dedicado a investigación en la NASA y le gustaba sorprendernos con las maravillas del espacio. Habíamos dado por finalizada nuestra partida semanal, estábamos a principios del semestre de otoño, pero seguíamos sentados a la mesa bebiendo las últimas gotas de nuestro güisqui con agua. Abrió su maletín para enseñarnos su último misterio.

—Estábamos explorando el Sahara con un radar de detección terrestre. —Extendió sobre la mesa sus papeles y un atlas con imágenes conseguidas por vía satélite—. La arena seca permite obtener una imagen perfecta y allí está completamente seca. Conseguimos imágenes de buena calidad de antiguos lechos fluviales y de un cráter que se produjo hace millones de años por el impacto de un objeto grande.

Señaló algo borroso.

—Mientras buscaba otro cráter, he encontrado un círculo de piedras enormes bajo una docena de metros de tierra. Parece un Stonehenge más antiguo, de mayor envergadura incluso que el de la llanura de Salisbury. —Miró a Lupe—. Debe de ser algo hecho por el hombre.

—¿Hecho por el hombre? —Arqueó las cejas—. No sé qué aspecto tenía el Sahara cuando cayó tu meteorito, pero sé el que tiene ahora. Puede que ese círculo de rocas del que hablas parezca raro, pero no lo erigió nadie y ningún ser humano lo ha visto nunca.

A ella le gustaba meter el dedo en la llaga cuando oía suposiciones falsas, pero esta vez estaba equivocada.

Así empezó todo. La Eastern New Mexico University es una universidad pequeña, situada en una ciudad tranquila y recoleta. Allí nos sentíamos todavía como en casa, disfrutando de nuestra mutua compañía; lo pasábamos bien realizando nuestro trabajo, en el recinto de la universidad y en aquellas cenas de póquer.

Lupe solía llevar un guiso de *chili verdi* o una cazuela de *possole* o *menuda*. Derek llevaba un buen burbon de Kentucky. Ram llevaba curri hindú, del que su padre vendía en las calles de Mombasa desde una carreta. Con la inteligencia que le caracterizaba, enviaba la mayor parte de lo que ganaba a sus parientes hambrientos de Kenia.

Lupe había venido a Portales a buscar huesos de los primeros seres que poblaron América al yacimiento de Blackwater, donde se encontraron las primeras puntas Clovis. Ella y yo éramos casi una generación más mayores que Ram y Derek, pero ella todavía era una mujercita con mucha energía, tan inquieta como un gorrión.

De joven debió de ser una auténtica belleza. De facciones delicadas, a pesar de la edad, todavía dejaba traslucir una elegancia característica, pero los años de trabajo en el campo en

Yucatán y la Gran Fisura de África oriental habían hecho que su piel adoptase el aspecto del cuero rojizo. Llevaba vaqueros desteñidos y un sombrero de campo flexible y hablaba utilizando un vocabulario acuñado por ella misma.

—Soy capaz de hacer la mayor parte de las cosas mejor que los hombres—le escuché decir—, excepto tirarme a otra mujer.

Yo soy Will Stone. Enseño literatura inglesa.

Ram era el extraño entre nosotros. Era un espécimen curioso, medía un metro ochenta y dos centímetros y era tan negro como la noche, salvo una pequeña mancha de nacimiento que tenía en la frente. Su atuendo era ecléctico, llevaba sombreros y botas occidentales combinados con camisetas africanas de mucho colorido. Llevaba los genes de media docena de razas. Se hacía llamar Kikuyu, pero su nombre se lo debía a un abuelo que se había ido del Punjab para evitar un conflicto religioso. Decía que tenía algo de sangre portuguesa y algo de sangre holandesa. Nunca fue capaz de resolver el misterio de su abuela.

Lupe le había encontrado sacando arena en su excavación de Koobi Fora y le llevó a la universidad con una beca de atletismo. A continuación estudió una carrera lingüística en Yale y volvió a enseñar lingüística e historia de África. Derek y yo nunca habíamos estado en África.

Ahora, cuando pienso retrospectivamente, me parece que aquella noche de póquer está a años luz, pero sigue estando en mi memoria con la misma nitidez. Todos nos inclinamos para ver la imagen del radar. A mí solo me parecía una masa confusa, pero Derek y Lupe estaban inmersos en un agitado debate.

—¿Crees que es algo artificial? ¿Crees que ya existía una cultura en el Sahara antes de que fuera un desierto? ¿Una cultura tan antigua, tan avanzada como para ser anterior a Stonehenge? No lo creo.

—El clima cambia—le dijo él—. El Sahara ha pasado por etapas tanto húmedas como secas. ¿No has oído hablar de Farouk el-Baz? Se encargó de la investigación. Utilizó un radar

de detección terrestre para buscar los lechos de los ríos que posiblemente discurriesen por allí hace unos cinco o seis mil años. Es posible que estuviera habitado.

—Es posible. —Se encogió de hombros—. ¿Pero hace cinco mil años? Los cazadores-recolectores del Neolítico habían empezado a establecerse y a cultivar en el Nilo, en Oriente Medio. Puede que incluso en China, pero no transportaban rocas de gran tamaño obtenidas de la nada.

Ram se inclinó para observar el mapa del radar con el ceño fruncido. Al instante, miró a Derek encogiéndose de hombros con perplejidad,

—Mirad esto —dijo Derek—. ¿Veis este círculo de piedras? Están en un hueco en el que el viento reinante ha arrastrado la arena hasta levantar esta duna. ¿Veis cómo se difuminan hacia el final del arco? Eso es porque están a mayor profundidad. Creo que el círculo es completo, el resto está enterrado a demasiada profundidad como para poder verlo. Puede que hasta a ochocientos metros.

Levantó la vista para mirar a Lupe.

—Doctora Vargas, ¿qué cree usted?

Ella le guiñó el ojo.

—Doctor Ironcraft, ya lo ha oído. —Se burló de su tono formal—. Creo que te has vuelto un poco loco. Si realmente has encontrado algo parecido a Stonehenge, vas a reescribir la prehistoria y a tirar por tierra cientos de carreras. La arqueología espacial es un campo del que no sé absolutamente nada, pero la coincidencia juega un papel importante. Me temo que estás intentando dar un gran salto partiendo de una prueba muy poco sólida. Tu formación rocosa es realmente destacable, pero me gustaría saber quién la puso allí. Y cuándo.

Por un instante su euforia se apagó.

—¿Cómo es posible que sea algo natural? Las piedras son grandes. Todas parecen del mismo tamaño. Están situadas a la misma distancia. El radar no permite obtener una imagen tan nítida como la luz natural, pero yo conseguí una imagen mejor de esos —dijo, volviendo a señalar— dos megalitos más altos,

que había en lo que sería el centro del círculo. Es demasiado simétrico para que sea una formación natural.

Ella se inclinó para mirar la imagen y negó con la cabeza.

—He estado en gran parte de África contemplando las huellas de los primeros humanos. Es cierto que la evolución de los homínidos comenzó allí, desde donde se extendieron hacia Asia. Hemos encontrado huellas en la mayor parte del continente, pero no he oído nada de que hubiera algo bajo la arena. Los fenicios y los griegos no se adentraron mucho desde la costa. Incluso Alejandro nunca llegó más allá del templo de Amón, donde consiguió convertirse en rey. —Negó en silencio—. El Sahara ha sido territorio prohibido.

—Me gustaría ver el lugar si supiéramos cómo llegar allí.

—Me gusta cómo eres, Derek —dijo con un tono muy serio—. Eres un profesor fantástico. Si no tienes las cartas, puedes tirarte un farol. Pero, por favor, no hagas público lo que nos acabas de mostrar aquí. Al menos, si quieres ganarte el respeto en tu campo. La ciencia es un juego feroz. Es bastante fácil hacer el payaso.

—Puede que lo sea.

Suspiró y dobló el mapa, pero Ram quería estudiar otra vez la imagen.

—¿Por qué no echamos un vistazo?

—Esta es la razón de que no pueda. —Abrió su atlas por vía satélite y señaló con el dedo una gran mancha blanca que abarcaba tres países en un mapa del norte de África—. El Gran Erg oriental. El desierto de arena más grande de la Tierra. Probablemente sea el lugar más hostil aparte de la Antártida. Dudo que este lugar haya sido visitado alguna vez, al menos no desde que la arena lo tapó.

Ram cogió el atlas y encontró el mapa otra vez.

—Mi bisabuela era de por allí.

Su dedo índice, delgado y negro buscó un sendero en el mapa, fuera del desierto y hacia el oeste por la costa cerca del emplazamiento de la antigua Cartago, más allá de Gibraltar, que bajaba bordeando el Sahara y volvía hacia el este por el Sahel

hasta Kenia. Nunca había contado gran cosa sobre sí mismo, así que apartamos los libros a un lado para escucharle.

—Mi padre la llamaba Mamita. —Sus ojos iluminaban al recordar—. Era una mujer pequeña y rara, sin nombre conocido, al menos yo no lo sabía. Vivía con nosotros en Mombasa y se ocupó de mí después de morir mi madre. Más tarde, cuando solo tenía siete u ocho años, intenté cuidar de ella.

La emoción embargó su voz.

—La tía de mi madre la acusó de *uchawi*, brujería. Mi padre creía que estaba loca. Puede que lo estuviera, pero yo la quería. Y ella a mí... también.

Su voz se quebró y se limpió una lágrima.

—Yo sabía que se estaba muriendo. Supongo que debido a su edad. No tenía dientes y estaba casi ciega, iba consumiéndose poco a poco. Lo único que comía eran unas pocas gachas harinosas poco espesas. No hablaba mucho, ni siquiera conmigo. Hablábamos en swahili, pero decía que esa no era su lengua. Decía que no encontraba palabras para lo que quería decir.

»A pesar de lo unidos que estábamos, nunca llegué a conocerla. Sé que había cosas que nunca decía. Cuando era joven, algo le había hecho daño. Le había hecho tanto daño que ni siquiera soportaba hablar de ello ni pensarlo. No creo que fuera africana.

Se calló para estudiar a Lupe.

—Tenía la nariz como tú. El pelo era igual de liso, aunque fino, y ya entonces era muy blanco. Tenía una marca de nacimiento.

Se tocó la frente y volvió la cabeza hacia nosotros para que viéramos la marca. Era pequeña, se parecía a una peca, pero al revés, una mancha pálida en su pigmentación oscura. Era un rectángulo pequeño con siete puntos blancos que formaban un arco por encima.

—Mi padre la tenía y yo la heredé.

—¿Un antojo hereditario? —frunció el ceño Lupe—. Es raro.

—Mamita era de lo más rara. Nunca supe cómo interpretar su historia. No tenía nada que ver con los misioneros cristianos,

pero sentía un miedo atroz a los diablos de metal. Decía que la sacaron de su pueblo y la torturaron en una jaula de metal blanca. Decía que les robó la llave del Infierno y escapó por una puerta del templo de los huesos.

Se encogió de hombros mirando a Lupe y se volvió hacia Derek.

—¿El templo de los huesos? —Negó con un gesto—. No sé lo que quería decir, pero podría estar en algún lugar cerca del Stonehenge enterrado del que tú hablas. Decía que todavía era una niña cuando los tuaregs la cogieron en el desierto. No sé cuándo, pero vio los rifles Lebel que cogieron a los soldados del ejército francés a los que asesinaron en Ain Yacoub en 1928.

»La vendieron a los bela, quienes a su vez se la vendieron a los dogon, de Mali, al borde del Sahel. Consiguí llegar a Kenia. Era un pequeño tesoro, resistente, pero había cosas de las que no hablaba. Tenía miedo de dormir sola. Cuando estaba a punto de morir quería que estuviera con ella día y noche.

»Mi padre intentó decirle que los tuaregs y los Dogons habían vivido mucho antes que ella y que estaban a miles de kilómetros, pero no consiguió nada. Había pasado toda su vida aterrorizada, pero nunca dijo qué era lo que le asustaba en realidad. A lo mejor pensaba que nos reiríamos. Puede que pensara que no la creeríamos ni la comprenderíamos. Mi padre lo intentó hasta que ella le contó algo relativo a los diablos de metal y el templo de los huesos. Creía que estaba loca, pero al final me dio lo que según ella era la llave del Infierno.

»Eso fue lo único que dijo, excepto cuando tuvo la fiebre de la malaria. Mientras deliraba la oí hablar del *adui* «el enemigo». Hablaba de *mababa*, «nuestros antepasados». Algo sobre *mfalme*, «el rey». Sobre «los dioses» y la «señal de Dios» y la «sangre de Dios». Nada que tuviera sentido. Cuando mejoró, le pregunté sobre ello. Se estremeció y dijo que debía de haber estado soñando, pero la noche que murió me dio esto.

Se sacó del cuello una delgada cadena de plata.

—Cuando la tenía entre mis brazos, era tan ligera como una pluma. Estaba demasiado débil para contármelo.

Tragó saliva y volvió a limpiarse los ojos. Fue pasando la cadena para que viéramos el colgante. Era del tamaño de una moneda de veinticinco centavos y tenía el aspecto de una esmeralda pulida.

Derek lo dejó sobre la mesa y colocó una lupa de bolsillo encima para que lo viéramos con claridad. En una cara aparecía la imagen de una puerta en una pared, y en la parte superior dos columnas cuadradas con un dintel que unía ambas. La cadena atravesaba la puerta.

Cuando le tocó a Lupe mirar el colgante, se quedó sorprendida.

—Es antiguo —dijo—. Si fuera algo reciente tendría un arco en vez de una piedra colocada como dintel.

Derek lo dio la vuelta. La otra cara tenía una fila de personajes nítidamente definidos bajo el agujero. Encima de ellos, estaba la imagen de una corona de siete puntas, cada punta estaba coronada por un minúsculo círculo. Lupe se inclinó aún más para estudiarlo más detenidamente con la lupa y levantó la vista para mirar a Ram

—¿Tu marca de nacimiento? —susurró—. ¿Qué significa eso?

—Explícamelo tú. —Se encogió de hombros— Mamita decía que estábamos marcados. Decía que esa fue la razón de que tuviera que irse antes de que la mataran los demonios. No podía leer las inscripciones. Aludía a la marca como a «la corona de los mundos». Mi padre pensaba que toda esa historia era un engaño *uchawi* que se había inventado. Me gustaría saberlo.

Negó con la cabeza y volvió a colgarse la cadena.

—Me dijo que me la quedara porque el camino al Cielo pasa por la puerta de entrada al Infierno. No sé lo que quería decir. Un joyero se quedó perplejo cuando se lo enseñé. Me dijo que no era una esmeralda, que no había visto nunca nada así. Era tan duro como el diamante. Quería enviarlo a que lo valoraran, pero estaba tan interesado que creí que no iba a devolvérmela después.

—Si entró por esa puerta...

Con un entusiasmo renovado, Derek abrió su carpeta y extendió sobre la mesa la imagen conseguida por radar.

—Si observas bien, apreciarás que hay una sombra junto a esas dos columnas más altas. —Colocó la lupa sobre ellas—. Se encuentra a tal profundidad en la arena que casi no se ve, pero tiene un perfil rectangular. ¿Podría haber sido la piedra del dintel antes de que un terremoto provocase su caída?

Ram, entusiasmado, se inclinó sobre la lupa.

—¡Lo veo! —susurró—. ¡Es una puerta!

—Me gustaría saberlo. —Derek miró a nuestro alrededor—. Si pudiéramos echar un vistazo. He colocado esa duna en una imagen visual por satélite terrestre. Hay una tenue mota negra en el agujero. Podría ser la parte superior de esas columnas que sale de la arena.

—Si hubiera alguna posibilidad... —Ram contuvo el aliento—. ¡Quiero ir allí, por Mamita!

Nos reuníamos todos los viernes por la tarde durante el semestre de otoño para estudiar minuciosamente los mapas y las imágenes de Derek, buscábamos información en Internet sobre el Sahara, hablábamos con agentes de viaje y jugábamos muy poco al póquer. Todavía un poco escéptica, Lupe trajo monografías sobre la evolución de los homínidos.

—El tamaño del cerebro fue aumentando cada vez más y fueron aprendiendo a partir el sílex —dijo—, pero no creo que escondieran megalitos debajo del Sahara.

Ram y Derek estaban deseando mirar.

—Si tuviera dinero —añadió Ram—, iría en un abrir y cerrar de ojos.

Derek consiguió que Ram le dejase micrografiar el colgante y hacer pruebas espectrográficas. No era una esmeralda, era silicona casi pura, con restos de níquel, platino y cobre. A pesar de no tener ni rastro de hierro, tenía una gran capacidad magnética. La cadena parecía de plata, pero era algo más dura que el acero.

Lupe envió los micrográficos a los expertos en escritura cuneiforme, jeroglíficos mayas y egipcios. Nadie fue capaz de descifrarlos.

—Vais por mal camino —nos sermoneó como si fuéramos sus alumnos—. Que yo sepa solo hay un fósil de *Australopitecus* en el Sahara. Si estaban construyendo algo, desde luego no era

nada parecido a Stonehenge. El Homo sapiens apareció en África hace más de cientos de miles de años. En la última era glacial, los artistas de Cromagnon pintaban las cuevas sagradas de España y Francia, pero no creo que debajo del erg exista una cultura avanzada.

Los agentes de viaje encontraron pilotos que habían viajado al Sahara, pero nadie quería llevarnos al emplazamiento de Derek ni a ninguna zona cercana a él. Las rutas de caravana siempre habían evitado los ergs. Cualquier vehículo motorizado que fuera capaz de sortear las dunas costaba más de lo que podíamos permitirnos. Ningún avión aterrizaría en el erg ni volvería a sacarnos después. Un accidente en el que no muriésemos haría que nos quedáramos allí varados sin esperanza de ser rescatados.

Pero seguimos soñando. Una tarde, Lupe llegó pronto con enchiladas y una jarra con margaritas. Cuando nos comimos las enchiladas y limpiamos la mesa, le dijo a Derek que sacara los mapas y buscara sus imágenes por vía satélite del desierto oriental.

—Si estáis decididos, no seré yo quien os lo impida. —Pidió que llenaran de nuevo los vasos con margaritas—. No sé nada de la investigación por radar, pero podría merecer la pena echar un vistazo al semicírculo de piedras de Derek. El colgante de Ram sigue siendo un acertijo. Las perspectivas parecen muy malas, pero, si no nos arriesgamos, no conseguiremos nada.

—¿Entonces venís?

—Para echar un vistazo rápido... —Se encogió de hombros—. Podemos ir. Si encontramos algo que merezca la pena excavar, lo cual me sorprendería, podemos intentar volver el próximo verano con una beca de mayor cuantía y con más gente.

Antes del día de Acción de Gracias habíamos quedado en pasar las vacaciones de Navidad en el Sahara. Lupe tenía becas que podía aprovechar. Derek vendió su coche. Yo conseguí un préstamo hipotecario que nos serviría a Ram y a mí.

Un día después de comenzar el otoño, salimos hacia Túnez desde Dallas, pasando por Heathrow y Roma. Totalmente

adormilados después de pasar tantas horas en el aire, aterrizamos en el aeropuerto internacional de Djerba. Ram hablaba árabe con fluidez y francés bastante bien.

Pasamos tres días con agentes de viaje deseosos de mostrarnos todo. La medina, que era una herencia cultural de gran interés histórico. El zoco dorado, construido en el siglo XVII. La gran mezquita Ez-Zitouna, cuya construcción iniciaron los soberanos Omeyas en el año 732 y fue terminada por los Aghlabites en el 864. El zoco del Attarine, que estaba especializado en perfumes.

Algunos viajeros deseaban ver el emplazamiento de la antigua Cartago. Si realmente teníamos muchas ganas de pasar incomodidades, podríamos hacer un safari que nos llevara al sur, hasta las ruinas romanas, hasta el borde del desierto, pero no hasta el erg. No tenía nada de interés. No había restos de nada antiguo. No había nada con vida. Nada que se pudiera filmar. Los que eran prudentes lo evitaban. Las tormentas de arena podían ser repentinas, cegadoras, asfixiantes.

El tercer día, Ram encontró un helicóptero para alquilar. El piloto era argelino y había aprendido a volar en el ejército francés. Tenía un GPS que podía guiarnos hacia donde quisiéramos. Ram contaba con un alquiler, pagando una fortuna por adelantado, y dejó otra en depósito hasta que volviéramos a Túnez.

La lluvia retrasó nuestra partida, pero al final salimos con nuestro equipo a bordo y nos dirigimos hacia el sur por las montañas. Paramos para repostar en Gabès, una ciudad con oasis cercana a la costa. A partir de ese punto, la verde vegetación dio paso a un mar infinito de dunas marrones desnudas, sin nada más, un paisaje tan raro y exento de vida como la Luna.

Derek observó el GPS y estudió sus imágenes por satélite hasta que al final hizo que el piloto se parase sobre la duna gigante que decía que era nuestro destino. A mí me parecía exactamente igual que las otras cientos de miles. Hizo que nos quedáramos bastante tiempo sobre ella, manejando el localizador GPS.

Por fin, el piloto nos dejó con nuestro equipo y una docena de botes de agua en el suelo de la cavidad excavada por el viento al abrigo de la duna. A pesar de tener gafas de cristales gruesos, el reflejo del sol en la arena era cegador y el calor sofocante. El piloto despegó inmediatamente y quedamos ahí solos, azotados por el viento que levantaban las aspas.

Vi que se elevaba en el cielo mientras guiñaba los ojos y me quitaba el polvo. Mis compañeros parecían eufóricos. Sin que el asfixiante calor hiciese mella en ellos, montaron una pequeña tienda y estiraron el toldo para conseguir un mínimo de sombra. Me sentí repentinamente perdido mientras sudaba bajo aquel sol implacable; estaba tan lejos de aquel edificio marrón que mi abuelo había construido en la calle Primera, la casa en la que nació mi madre y yo crecí. No dije nada, pero no podía evitar sentir un profundo pesar, un momento de añoranza por la seguridad y tranquilidad de la vida universitaria y todas las actividades del nuevo semestre que empezaría enseñada.

Teníamos una radio. El piloto había prometido que volvería y nos recogería tres días más tarde, a menos que le llamáramos antes, pero yo sentía un profundo malestar. Allí agachados, abrieron las cajas de comida que habíamos traído del hotel.

Derek desplegó una de sus fotos. Dijo que su círculo de piedras enterradas debería estar en dirección norte desde donde estábamos, bajo el extremo de la duna. El viento había hecho que la arena de la zona en la que habíamos aterrizado saliera volando y se hubiera convertido en arcilla marrón dura. Lupe salió y cruzó al otro lado, dio una patada a algo y volvió a donde estaba nuestro equipo con una pala y una paleta. Ram le ayudó a cavar, hasta que se levantó para mostrarnos un extraño palo marrón.

—¡Huesos! —gritó—. O estamos en el lecho de un lago seco o en un antiguo abrevadero. Algo con lo que nunca habría contado. Puede que solo por esto haya merecido la pena el viaje, si estamos siguiendo la pista de algún homínido.

Derek quería llegar al emplazamiento de su radar, pero los huesos tenían prioridad. Nos dio una lección rápida del trabajo de campo y pasamos allí el resto de la tarde. Identificó un cuerno de antílope y lo que creía que era la mandíbula de un jabalí verrugoso.

—¡Pero ni un fragmento de cerámica! —Se encogió de hombros en señal de disculpa hacia Derek—. Ni una piedra que nos pueda servir de herramienta.

Derek estaba inquieto y deseoso de continuar, pero, de repente, empezó a sacar algo. Una delgada astilla de un material vítreo que bajo las capas de arcilla era de color amarillo pálido. La sacó y volvió a cavar. Estuvimos allí otra hora más. Encontró otra astilla y después otra, así hasta conseguir una docena. La ayudamos a limpiarlas y encajamos algunas.

—¿Otro cuerno? —le preguntó Ram— ¿O si no, qué otra cosa podría tener huesos como ese?

—No es un cuerno —se limpió el polvo de la frente—. Son huesos de verdad. —Levantó dos fragmentos amarillos—. La parte anterior y el hueco de una articulación. Mira cómo encajan. Sin embargo, lo raro —se inclinó para mirarlo frunciendo el ceño— es que son quebradizos, aunque algo más duros que el calcio, puede que sea silicona. No pertenecen a ningún ser que yo conozca. Y estas...

Cogió una de las astillas amarillas y levantó las gafas de cristal oscuro para mirarla entrecerrando los ojos.

—Parecen conchas y están demasiado fragmentadas para poder reconstruirlas. Parecen el exoesqueleto de un insecto, pero es demasiado grande para que sea de un insecto conocido. Merece la pena cavar otro poco si podemos conseguir que nos den una beca.

Llevamos de vuelta a la tienda el pequeño montón de fragmentos, bebimos un poco de la preciada agua y nos dispusimos de nuevo a atravesar el banco de arena que había en dirección norte. Derek continuó observando su imagen conseguida por radar. Hizo que nos paráramos donde él decía que debía de estar su anillo de piedras enterradas. Lo único que vimos fue la arena

movida por el viento, pero de repente comenzó a entrecerrar los ojos para mirar a lo lejos.

—¡Esas rocas! Veamos lo que son.

Eran enormes, sobresalían de la arena entre un metro y medio y un metro ochenta. Hizo que nos paráramos para hacer fotos y nos hizo correr para verlas de cerca.

Eran idénticas: dos columnas cuadradas de piedra negra suave, de aproximadamente un metro cuadrado de sección y separadas una de otra aproximadamente por la misma distancia.

—Son las piedras del centro que encontré en la imagen visual. —Derek volvió a mirar su mapa por radar—. Están sobre el lecho rocoso bajo la arena. ¿Veis esa sombra? Creo que es la piedra del dintel que está encima y enmarca la puerta.

—¿La puerta hacia dónde? —preguntó Lupe.

—Hacia el Infierno —dijo Ram encogiéndose de hombros—, si recuerdas lo que decía mi Mamita. Mi padre nunca creyó sus historias, pero yo sí. Lo que creo es que ella no sabía de qué tipo de Infierno se trataba. Tenía un miedo atroz de lo que ella creía que podía sucederle al atravesar esa puerta.

—No importa a lo que ella se refiriera —dijo Lupe—. Nunca he visto ningún trabajo de cantería de la prehistoria que pueda comparársele. Deberíamos conseguir una beca.

Derek ya se había puesto a andar para estudiar la piedra más cercana. Era un extraño granito negro, con vetas delgadas de color verde, una superficie resbaladiza pulida, perfectamente cuadrada. Lo frotó con el dedo y le guiñó el ojo a Lupe.

—¿Qué crees?

—Es imposible. —Parecía aturdida—. No soy geóloga, pero nunca he visto una piedra parecida a esta. No se había extraído de ninguna cantera cercana. Ninguna cultura tan antigua había trabajado tan bien la piedra.

Derek empezó a dar vueltas alrededor de la columna, en busca de inscripciones. Ram le siguió. A solo uno o dos pasos detrás de él, me paré para buscar una marca verde extraña que pudiera ser un carácter de alguna escritura antigua. Oía como

respiraba agitadamente Cuando me di la vuelta, había desaparecido.

—¡Ram! —Lupe estaba llamándole—. ¿Ram?

No oímos respuesta alguna. Seguimos corriendo alrededor de la columna y después alrededor de la otra. Nos dispersamos para buscar en la arena que había a nuestro alrededor, pero no encontramos ninguna huella, no había ninguna señal suya ni de dónde se había ido. Estábamos reuniéndonos otra vez a la sombra de la columna cuando salió de la nada tambaleándose y cayó de bruces, justo a mi lado.

Todos nos arrodillamos a su alrededor. No respiraba. Tenía la piel de color azul, excepto esa minúscula marca de nacimiento tremendamente blanca. Cuando la cogí, su mano colgaba sin fuerza, sin vida. Le dimos la vuelta. Yo llevaba una cantimplora. Lupe mojó una bandana y le limpió la arena de la boca y los senos nasales. Los ojos parecían vítreos cuando los abrió. Ella le tomó el pulso.

—Está vivo —susurró ella—, pero de milagro.

Se le movía el pecho. Jadeó, intentando respirar, tosió e intentó sentarse. Lo levantamos para sentarle apoyado en la columna. Lupe le puso la cantimplora en los labios. Bebió, se atragantó y se quedó ahí sentado respirando con fuerza, cerrando de nuevo los ojos. Debió de pasar una hora hasta que se levantó para mirarnos.

—Algo pasó, algo, pero no sé el qué.

Le costaba hablar, y antes de recuperar el aliento con el que poder seguir hablando, tuvo otro ataque de tos.

—La tierra se desmoronó bajo mis pies. Caí a un lugar oscuro, no sé lo que era. La caída me dejó sin respiración. No podía recuperar el aliento. El aire, el aire hacía que me dolieran los pulmones como si fuera azufre ardiendo. Tuve que trepar para subir por la ladera llena de escombros. Casi me muero en el intento.

Quería agua. Lupe le ofreció la cantimplora. Temblaba en sus manos hasta que ella la cogió y se la puso en la boca. Dio unos cuantos tragos, tosió y esbozó una débil sonrisa.

—¿Dónde era? —le preguntó ella—. ¿Qué has visto?

—No... no mucho. —Tuvo otro ataque de tos—. Estaba demasiado oscuro. Los gases me quemaron los ojos. El cielo era rojo oscuro. Como si hubiera nubes bajas detrás de las cuales hubiera un fuego. Recuerdo que había columnas cuadradas a mi alrededor. Cada par de columnas tenía un dintel en lo alto.

—¿Trilitos? —susurró—. ¿Como Stonehenge?

—Como puertas —asintió y se paró para poder respirar profundamente—, como esta. —Tocó el colgante que tenía bajo su fina camiseta—. No he visto Stonehenge, pero creo que este círculo era más grande, bastante más grande. Siete puertas y todas abiertas. Nada, excepto cielo rojo y roca oscura bajo ellas.

Respiraba con dificultad y tuvo que toser otra vez.

—Estas dos piedras. —Levantó la mano hacia la otra columna y también la vista para mirar a Derek—. He visto el dintel que encontraste bajo la arena. —Estaba respirando otra vez con dificultad—. Estaba allí, detrás, cruzando de lado a lado en la parte superior.

Tenía los ojos inflamados y llorosos. Los limpió y se recostó contra la columna. Lupe le dejó que descansara unos minutos.

—¿Eso fue todo? —preguntó—. ¿No te acuerdas de nada más?

—En realidad, no. —Cogió aire y pestañeó mirándola a ella—. Me costó una eternidad volver aquí. Eso era lo único en lo que pensaba. Recuerdo que noté un pequeño estallido en los oídos, como cuando vas en un avión y cambias rápidamente de altitud. Y algo parecido a lo que sientes cuando un ascensor rápido se pone en marcha. Pero en esto, nada tiene sentido.

—O puede que sí lo tenga —con el ceño fruncido, Derek miró hacia la duna—, si lo que notaste era real.

—Era real ¡demasiado real! Casi me mata.

—Me pregunto —susurró Derek— si podría tratarse de algún lugar que no fuera la Tierra. Nunca me he creído que una nave pueda atravesar las distancias entre las estrellas, pero ese cambio de presión y gravedad...

El sobrecogimiento hizo acallar su voz.

—Puede que alguien encontrara otra forma de atravesar el espacio.

—¿Qué forma? —Lupe le miró—. ¿Cómo es posible?

—Las matemáticas del espacio y del tiempo han sido un campo de arenas movedizas desde que Einstein y los demás encontraron los límites de las leyes de Newton. Hay teorías que afirman que entre las estrellas hay agujeros, pero no hay pruebas. Es posible que estemos a punto de averiguarlo.

—Desapareció —asintió Lupe lentamente—. Casi se asfixia. ¿Pero qué tiene eso que ver con las estrellas?

—Quiero saberlo. —Derek se paró para mirar las dos piedras enormes y las dunas que había a lo lejos—. Quiero saber lo que es, quién estuvo allí, qué hicieron y por qué se fueron.

—No me importa —intervino Ram—. Es un lugar feo. He tenido pesadillas, pero ninguna como esta. Este asunto no nos interesa.

Al ponerse el sol, se notó un repentino escalofrío. Ram pudo volver andando con nosotros a la tienda, negándose a que le ayudáramos. Lupe quería que hiciéramos una hoguera, pero no teníamos nada con lo que poder hacerla. A la pálida luz de una linterna eléctrica, comimos una cena fría en envases de cartón y unas latas mientras pensábamos lo que íbamos a hacer a continuación.

—Más vale que no contemos lo que le ha pasado a Ram —dijo Lupe—. Con los huesos y las fotos de los megalitos, ya tenemos bastante para conseguir otra beca. Podemos volver el próximo verano con una expedición para escribir nuestra propia página en la historia.

—¿El próximo verano? —contrapuso Derek—. No quiero esperar. Esto es demasiado para dejarlo.

—Ahora podemos hacer más —insistió ella—. Podemos cavar para encontrar más huesos. Me pregunto qué serán esas astillas de silicona.

Ella desvió la mirada hacia la oscuridad.

—Sea lo que sea lo que encuentres, no le des demasiada propaganda. —Ram negó con la cabeza mirándola a ella—. Al menos, si quieres volver, porque podrías perderlo.

—¿Qué? —Pestañeó Derek.

—Burócratas celosos. Aquí las fronteras no están marcadas en la arena. Si el yacimiento tiene alguna importancia, dos o

tres naciones lo reclamarán como tesoro nacional. Os quedaréis fuera del juego.

—Lo cual significa que mientras podamos, tenemos que investigar más. —Se dio la vuelta para mirar a Ram—. He estado pensando. Has ido a algún sitio distinto. Has notado una gravedad y una presión distinta. Creo que has estado en algún sitio lejos de la Tierra. No sé para qué se construyó este lugar, pero tuvo que haber una razón.

Lupe le miró con el ceño fruncido.

—Si esas columnas enmarcaban alguna puerta, quiero atravesarla.

—¿Atravesarla? —Se quedó asombrada—. ¿Cómo? Yo misma he dado la vuelta a estas dos piedras igual que tú. ¿Dónde está la puerta?

—Me pregunto... —Derek levantó la vista hacia los megalitos, que ahora estaban sumidos en la oscuridad—. Ram llevaba su colgante. Su Mamita lo llamaba la llave. Descubrimos que tenía poder magnético. Puede que active algún tipo de cerradura.

—La llave del Infierno —dijo Ram meneando la cabeza—. Así lo denominaba. No he visto a Satanás ni nada que estuviera vivo, pero aquel lugar tenía el aspecto y el olor appestoso a azufre del Infierno. —Se estremeció—. Allí es imposible respirar.

—Bueno, ya sabes... —Derek se sentó más erguido—. Tendríamos que coger el equipo de oxígeno, pero podemos intentar averiguar si realmente es una pista que conduce a algún sitio. Vamos a llamar al helicóptero para que vuelva.

—¿El equipo de oxígeno? —Ram negó con la cabeza, sus facciones negras se tornaron adustas—. Si hubieras estado allí, no estarías tan entusiasmado.

Había intentado allanar la arena que había debajo de mi saco de dormir, pero no encontraba la postura. Tenía demasiadas cosas en las que pensar y no podía dormir. Bastante antes de que

saliera el sol, Ram hizo café y tortitas en una cocina de propano mientras Lupe etiquetaba los huesos que había recogido y los sellaba en bolsas de plástico. Cuando llamamos al piloto del helicóptero, Ram quería irse con él.

—Es un lugar en el que no encajamos. —Se quedó mirando los dos enormes megalitos que todavía estaban a oscuras ensombrecidos por la duna que era de mal agüero incluso para mí—. No me gusta estar aquí.

—Es tu oportunidad de saber quién era tu Mamita —le dijo Lupe—. Si realmente llegó aquí atravesando alguna puerta. —Miró la marca de nacimiento que tenía—. Puede que sea tu oportunidad para saber quién eres.

Se tocó la marca y negó con la cabeza.

—Puede que sea mejor no saberlo nunca.

Pero consintió en quedarse y la ayudó en la excavación mientras Derek y yo volvíamos a Túnez. Yo había pasado un año en París escribiendo una novela que nunca se vendió, antes de volver a casa a enseñar literatura inglesa. Mi escaso francés y el poco inglés que hablaba el piloto nos sirvió para entendernos. Le bastaba con saber que los megalitos eran griegos o romanos, por lo que nuestro interés en ellos le parecía desconcertante. No creo que le gustara el erg más que a Ram, pero la temporada de turismo había sido baja. Quería nuestro dinero.

Dejamos a Lupe y Ram trabajando en la excavación, sus figuras cada vez más diminutas junto a nuestra minúscula tienda, que dejamos de ver enseguida por el resplandor cegador de la arena. El infinito mar de dunas provocó en mí una sensación mezcla de fascinación e inquietud. Me sentí aliviado de poder escapar aunque solo fuera un día.

El ruido del motor hacía difícil mantener una conversación, pero teníamos tiempo de pensar.

—Es bonito ¿verdad? —Derek levantó la voz y señaló el enrevesado dibujo que describían las olas en el rojizo océano de tierra que estaba debajo de nosotros, alternándose hasta el infinito los agujeros excavados por el viento con puntos en los

que esa arena se había acumulado. Exento de vida y movimiento, el erg me era tan ajeno como el paisaje que Ram había contemplado bajo los megalitos.

—Solo viento y arena. —Por un segundo, se quedó callado mirando por la ventana, y se volvió despacio hacia mí, sonriendo como extasiado—. Pero mira qué forma tienen las dunas. Un orden infinito nacido del caos. Es algo parecido a un arte natural si te das cuenta. Una armonía de la naturaleza; tan inesperado, pero tan completo como los movimientos de una sinfonía.

Se paró para mirarme.

—¿No lo entiendes? El gran enigma de nuestro universo. El juego de la ciencia, el poder de las matemáticas, la euforia del descubrimiento. —Volvió a mirar afuera, hablando medio entre dientes, pero deseoso de compartir lo que sentía—. Ese es el misterio de la creación natural. Las galaxias y los planetas, la vida y la mente que sale del fuego y el polvo del *Big Bang*. Ese es el atractivo de la ciencia. Cada avance conlleva nuevos aspectos maravillosos.

Intenté entenderlo, pero las dunas parecían más crueles que bellas. Me sentí aturdido por tanta maravilla, contento de salir del erg y cruzar las montañas, alegre de volver a ver carreteras y un tren de mercancías que pasaba por una curva, los círculos y cuadrados de las parcelas verdes cultivadas. Aquí había cosas hechas por el hombre que yo creía entender.

El piloto se paró en Gabès para hacer una revisión mecánica de algo del motor. Cuando quisimos llegar al hotel ya se nos había echado la noche encima. Ya limpios de sudor y arena, salimos a cenar. Derek encontró un cibercafé y estuvo una hora frente a un ordenador.

Yo estaba de pie detrás de él, observando los símbolos matemáticos que aparecían en la pantalla y mirando artículos sobre la materia y la energía oscuras, sobre la masa negativa y el tiempo negativo, sobre un falso vacío que podría generar una espuma infinita de universos. Nada de eso me decía nada a mí ni parecía satisfacerle a él.

—Nada —Al final se encogió de hombros y lo dejó—. Si lo que le pasó a Ram es lo que creo, la mayor parte de lo que creemos que sabemos tendrá que reescribirse.

A la mañana siguiente nos encontramos con el piloto en un banco italiano. Derek recuperó la fianza para darle lo que quedaba por pagar de su tarifa y negoció nuestro contrato. Encontramos una tienda de provisiones y utilicé mi propia tarjeta de crédito para comprar unidades de respiración por oxígeno. Cuatro equipos completos de treinta y cinco litros con mascarillas, botellas, reguladores, válvulas, tubos y mascarillas antigás.

Cuando atravesamos las dunas camino del campamento ya era más del mediodía. Encontramos a Ram esperando solo junto a la tienda. Con las prisas por salir antes de que oscureciera, el piloto dejó caer nuestros paquetes y salió inmediatamente. No veía rastro de Lupe. Cuando Derek preguntó por ella, Ram movió la cabeza aturdido.

—No lo sé —miró los megalitos negros que estaban en la arena sin comprender nada, su cara dejaba traslucir la tensión—, no sé.

Derek lo apartó del sol, hacia la sombra del alero de la tienda. Le dimos una cerveza fría que habíamos traído de Gabès. Se agachó en la arena, dio unos cuantos tragos, dejó la botella y, como si estuviera ausente, se frotó la extraña y pequeña mancha de nacimiento que tenía en la frente.

—Me pica —masculló— desde que atravesé la puerta.

—Dinos —le instó Derek— lo que le ha pasado.

—Era pronto por la mañana. —Mirando con nerviosismo los megalitos, hablaba formando frases inconexas y de forma cortante—. Habíamos desayunado. Ella ya estaba en el emplazamiento. Yo me alejé más allá de la cadena montañosa para hacer mis necesidades. Oí gritar. Me levanté los pantalones y volví corriendo. Los vi venir.

Señalaba con la cabeza los megalitos. Su áspera voz se acalló y se quedó mirándolos hasta que Derek le pidió que siguiera.

—Allí —casi susurraba—. Tres monstruos gigantes saltan-do. Ella intentó correr. Ellos saltaban con demasiada rapidez.

—¿Monstruos? ¿Qué aspecto tenían?

—No se parecían a ninguna criatura terrestre. —Se estremeció y se quedó mirando los megalitos, con su delgado dedo índice sobre la señal—. Puede que fueran insectos. Puede que fueran como saltamontes, si es que hay saltamontes del tamaño de aviones. No se parecen a nada. Eran horrorosos. Con manchas amarillas y verdes. Eran brillantes como el cristal. Tenían los ojos rojos, que brillaban como el fuego, las patas traseras largas y las de delante con garras.

Volvió a estremecerse.

—Garras terribles. Todas eran de metal brillante de color plateado. Grandes garras de metal. Y tenían alas. Alas pequeñas y gruesas que parecían demasiado cortas. Extendidas cuando planeaban. Llegaron demasiado rápido para que pudiera reaccionar. No pude hacer nada.

Dejó caer los hombros en señal de un profundo pesar.

—Uno de ellos la cogió. La enganchó con esas garras brillantes. Desapareció cuando volví a la tienda. Se la llevó de vuelta a los monumentos. Se arrastró entre ellos y ya no salió. Se la llevó al infierno al que yo fui.

Se limpió los ojos.

—Allí no hay aire. No hay aire que pueda respirar. Me temo que ha muerto.

—Puede que no. —Derek le cogió por el hombro—. Hemos traído máscaras de oxígeno. Podemos ir a por ella. Podemos intentar encontrarla y ayudarla. Si tu llave nos lleva.

Volvió a encogerse.

—Por supuesto. —Cogió la cerveza y se quedó rígido de pie—. Si podemos.

Se quedó de pie un momento mirando fijamente al antiguo abrevadero.

—Si podemos. —Volvió a hablar entre dientes y sacudiendo la cabeza—. Si está viva. —Se estremeció—. Yo... la quería. Me vio por primera vez cuando sacaba tierra en Koobi Fora. Me ayudó a ir a la universidad con una beca. Volvió a traerme a África para que trabajara con ella en dos excavaciones de verano. Ella... me proporcionó una forma de vivir.

Volvió la cabeza para que no se le viera llorar.

El sol del atardecer ya estaba bajo y el día había sido agotador. Podíamos haber descansado y habernos preparado para salir por la mañana, pero nadie contemplaba esa posibilidad. Desembalamos tres equipos de oxígeno y encontramos los manuales. Estaban escritos en francés y árabe, eran breves y crípticos, pero Ram los descifró. Enganchamos los equipos y nos los probamos. Las máscaras antigás tenían un fuerte hedor a plástico y dificultaban la visión.

—No importa —la voz apagada de Derek era difícil de escuchar—, si nos mantienen con vida.

Ram preguntó cuanto duraría el oxígeno.

—Depende del tiempo que tengamos que usarlos —le dijo Derek—. Espero que duren lo suficiente.

—¿Para adelantar a esos bichos saltadores? —Ram se quitó la mascarilla, se limpió el sudor de la frente y movió la cabeza—. No encontraremos a Lupe con vida. No, si es en el mismo sitio al que fui yo.

—Podemos ver —dijo Derek—, si estos trilitos son puertas. —Su voz se fue apagando, pero cogió aliento y continuó—: Iremos hasta donde podamos. Descubriremos lo que podamos y ayudaremos a Lupe si nos es posible. Vamos a ello.

Yo deseaba haber tenido un arma, pero la seguridad del aeropuerto nos impidió llevar cuchillos o armas de fuego. Íbamos con las manos vacías, aunque cargados con el peso de las botellas de oxígeno. Llevábamos cantimploras con agua atadas a los cinturones. Yo llevaba una pequeña mochila con una linterna, pilas de repuesto, una chaqueta y poco más.

Hicimos una pausa rápida para la comida y salimos hacia los megalitos. Ram iba el primero, tristemente callado bajo la mascarilla antigás. Yo caminaba lenta y pesadamente, medio mareado por la peste de la mascarilla, pensando con ilusión en matricularme en el semestre de primavera de la universidad para la que solo quedaban dos semanas.

Derek estaba exuberante.

—No pienses en las probabilidades. Ganar o perder, este es el juego de mayor envergadura que nunca ha jugado el ser humano.

Ram avanzó con la mirada fija en las huellas de los saltamontes. Parecían las huellas de dos pájaros gigantes de dos dedos, que habían quedado fuertemente marcadas en la arena y estaban separadas puede que unos cuarenta metros una de otra. Nos hizo pararnos cerca de los megalitos, siguió adelante para inspeccionar la arena que había a su alrededor.

—Los bichos salieron por el oeste —dijo— y volvieron por el este. No hay huellas de que hayan ido por ningún otro lado. Se la llevaron.

Él se quedó entre nosotros al final del camino por el que se fueron los saltamontes, y el sol, que se estaba poniendo, se reflejaba en las gafas y despedía un brillo cegador. El corazón me latía a toda velocidad. Me agarró el brazo.

—*Moja*. —Nos había estado dando clases de *swahili*. Con voz ronca, susurró los números—: *Mbili. Tatu*.

Me cogió el brazo con tanta fuerza que me dolía.

—*¡Nenda!* ¡Vamos!

Juntos, dimos un paso adelante. El sol ya se había puesto. Los oídos me pitaron. La arena se desmoronó bajo mis pies. La repentina aparición de la gravedad tiró de mí hacia la oscuridad.